

FLORES (MANUEL M.)

PASIÓN

Háblame!... que tu voz, eco del cielo,
Sobre la tierra por doquier me siga...
Con tal de oír tu voz nada me importa
Que el desdén en tu labio me maldiga.
Mírame... Tus miradas me quemaron
Y tengo sed de ese mirar eterno;
Por ver tus ojos, que se abraza mi alma
De esa mirada en el celeste infierno.
Amame!... Nada soy; pero tu diestra
Sobre mi frente pálida un instante,
Puede hacer del esclavo arrodillado
El hombre rey de corazón gigante.

Tú pasas... y la tierra voluptuosa
Se estremece de amor bajo tus huellas,
Se entibia el aire, se perfuma el prado
Y se inclinan á verte las estrellas.
Quisiera ser la sombra de la noche
Para verte dormir sola y tranquila,
Y luego ser la aurora, y despertarte
Con un beso de luz en la pupila.
Soy tuyo, me posees; un solo átomo
No hay en mí ser que para tí no sea;
Dentro mi corazón eres latido
Y dentro mi cerebro eres idea.

¡Oh! por mirar tu frente pensativa
Y pálido de amores tu semblante,
Por sentir el aliento de tu boca
Mi árido labio acariciar jadeante;

Por estrechar tus manos virginales
Sobre mi corazón, yo de rodillas;
Y devorar con mis tremantes besos
Lágrimas de pasión en tus mejillas;
Yo te diera... no sé... no tengo nada;
(El poeta es mendigo de la tierra)
¡Toda la sangre que en mis venas arde!
¡Todo lo grande que mi mente encierra!

Mas no soy para tí. Si entre tus brazos
La suerte loca me arrojara un día,
Al terrible contacto de tus labios,
Tal vez mi corazón se rompería!
Nunca será... Para mi negra vida
La inmensa dicha del amor no existe...
Sólo nací para llevar en mi alma
Todo lo que hay de tempestuoso y triste.
Y quisiera morir... ¡Pero en tus brazos,
Con la embriaguez de la pasión más loca,
Y la luz de mi vida se apagara
Al soplo de los besos de tu boca.

AUSENCIA

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
Para apretarme el corazón con ellas,
Y beber con tus lágrimas preciosas
La casta luz de tus pupilas bellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
Reclinada tu espléndida cabeza,
Recogiendo en el alma tus suspiros,
Tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar un solo instante
Mi cariñoso labio en tus cabellos,
Y así pudiera mi alma enamorada
Besar tu frente resbalando en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo
De aquella luz de tu mirar en calma,
Para tener al separarnos luego
Con qué alumbrar la soledad del alma!

¡Oh! quién me diera ser tu misma sombra,
El mismo ambiente que tu rostro baña,
Y por besar tus ojos celestiales
La lágrima que tiembla en tu pestaña!

Y ser un corazón todo alegría,
Nido de luz y de divinas flores
En que durmiese tu alma de paloma
El sueño virginal de sus amores!

Mas nada soy... Y solo, en mi tristeza,
Tengo ceñido el corazón de abrojos...
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia
Disipará la aurora de tus ojos?



UN BESO NADA MÁS

Bésame con el beso de tu boca,
Cariñosa mitad del alma mía;
Un solo beso el corazón invoca,
Que la dicha de dos... me mataría.

¡Un beso nada más!... Ya su perfume
En mi alma derramándose, la embriaga,

Y mi alma por tu beso se consume
Y por mis labios impaciente vaga.

¡Júntese con la tuya!... Ya no puedo
Léjos tenerla de tus labios rojos...
¡Pronto!... ¡dame tus labios!... ¡tengo miedo
De ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
Siento de dicha el corazón opreso...
¡Oh! sosténme en la vida de tus brazos
Para que no me mates con tu beso!



ADORACIÓN

Como al ara de Dios llega el creyente,
Trémulo el labio al exhalar el ruego,
Turbado el corazón, baja la frente,
Así mujer á tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores;
¿Para qué castigar con tus enojos
Al que es tan infeliz con tus amores?

Soy un esclavo que á tus pies se humilla
Y suplicante tu piedad reclama,
Que con las manos juntas se arrodilla
Para decir con miedo... que te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice,
Tiembla al sentirle como débil hoja.
¡Te ama! y el corazón cuando lo dice
En yo no sé qué lágrimas se moja.

¡Perdóname este amor! A mí ha venido
 Como la luz á la pupila abierta,
 Como viene la música al oído,
 Como la vida á la esperanza muerta.

Fué una chispa de tu alma desprendida
 En el beso de luz de tu mirada,
 Que al abrazar mi corazón en vida
 Dejó mi alma á la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,
 Ilusión imposible que atesoro,
 Inefable palabra que suspiro
 Y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño
 Que con sus alas en mi frente toca,
 Y que deja—¡perdóname, es un sueño!
 El beso de los cielos en mi boca.

Mujer, mujer... mi corazón de fuego
 De amor no sabe la palabra santa,
 Pero palpita en el supremo ruego
 Que vengo á sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por sólo las delicias
 De oír el canto que tu voz encierra,
 Cambiara yo, dichoso, las caricias
 De todas las mujeres de la tierra?

¿Que por seguir tu sombra, mi María,
 Sellando el labio á la importuna queja,
 De lágrimas y besos cubriría
 La leve huella que tu planta deja?

¿Que por oír en cariñoso acento
 Mi pobre nombre entre tus labios rojos,
 Para escucharte detendré mi aliento
 Para mirarte me pondré de hinojos?

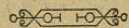
¿Que por sentir en mi dichosa frente
 Tu dulce labio con pasión impreso,
 Te diera yo, con mi vivir presente,
 Toda mi eternidad... por solo un beso?

.....

Pero si tanto amor, delirio tanto,
 Tanta ternura ante mis pies traída,
 Empapada con gotas de mi llanto,
 Formada con la esencia de mi vida;

Si este grito de amor, íntimo, ardiente.
 No llega á tí... si mi pasión es loca,
 Perdona los delirios de mi mente,
 Perdona las palabras de mi boca.

Y ya no más mi ruego sollozante
 Irá á turbar tu indiferente calma...
 Pero mi amor hasta el postrer instante
 Te daré con las lágrimas del alma.



MI SUEÑO

Anoche tuve un sueño. Al pié de negra palma
 Estaba yo sentado. La sombra me envolvía.
 La soledad inmensa entristecía mi alma
 Un ruiseñor cantaba... Mi corazón oía:

—«Yo canto cuando abren,

Jazmines de la noche,
 Las pálidas estrellas
 Su luminoso broche:
 A la hora en que se llaman
 Los seres que se aman.
 Yo soy entre la sombra
 Heraldo del amor.»—

Después meció el follaje de la siniestra palma
 Del viento de la selva la ráfaga sombría;
 Algo como un suspiro tristísimo del alma
 Alzóse sollozante... Mi corazón oía:

—«Yo soy el alma errante
 Que en las tinieblas giro,
 Por recoger del hombre
 El tétrico suspiro.
 Yo bebo en las corolas
 Las lágrimas que á solas
 En hondo desamparo
 Derrama el corazón.»—

La noche era muy negra. Las hojas de la palma
 De súbito temblaron... Y ví que descendía
 Algo como la sombra del ángel de mi alma;
 Hablaba en las tinieblas... mi corazón oía:

—«Hombre de los dolores,
 Yo traigo desde el cielo
 Palabras inefables
 De paz y de consuelo.
 Herido de tristeza
 Inclinas la cabeza,
 ¿Acaso no conoces
 La vida del amor?...»

—¿Qué tú eres la esperanza?

—«Yo doy las ilusiones.»

—¿Eres amor acaso? ¿La dicha ya perdida?
 —«Soy luz en la que encienden su fé los corazones,
 »Y rosa que perfuma la copa de la vida.
 »Quizá del cielo traje la voz de los amores,
 »Y me enseñó la dicha los himnos del placer.
 »Encanto la existencia, ahuyento los dolores
 »Y soy alma del alma... me llamo la Mujer.»—

Y de la obscura noche iluminóse el velo,
 Gimió de amor el bosque, la palma retembló,
 Y la visión divina perdiéndose en el cielo
 Con sus ardientes besos mi frente acarició.



À MEDIA NOCHE

Ne frappe-t-on pas á ma porte?

 Dieu puissant! tant mon corps frissonne.
 Qui vient? qui m'apelle?—Personne.
A. de Musset.

Era la noche; y en mi estancia lóbrega
 Crecía la obscuridad,
 Chisporroteaba pálida mi lámpara
 Agonizando ya,
 Y derramaban sus reflejos lívidos
 Siniestra claridad.
 Afuera el viento mis ventanas, áspero,
 Hacía rechinar;
 Azotaba cayendo con estrépito
 La lluvia mi cristal,
 Y al rasgar con su espada de relámpago
 El caos la tempestad,

Inmenso grito de dolor y cólera
 Del cielo herido ya,
 Ronco rodaba por el ancha bóveda
 El trueno funeral,
 Y temblaba la tierra y más horrisono
 Bramaba el huracán.

Yo estaba solo y en mi estancia lóbrega
 Crecía la obscuridad.
 Al fulgor instantáneo del relámpago
 En rápido zig-zag,
 Figuras mil en los oscuros ángulos
 Parecían asomar,
 Y por el muro en escuadrón fantástico,
 En enjambre fugaz,
 Sombras, bosquejos y perfiles rápidos
 De contorno infernal,
 Caras terribles y á la par ridículas
 Miraba yo pasar.

Sonaron doce campanadas lúgubres
 Y la última al vibrar,
 En silencio y de súbito mi lámpara
 Apagóse...

— ¿Quién vá?...
 ¿Quién á estas horas á mi puerta, tímido,
 Así puede llamar?
 Nadie... Es el viento que empujó colérico
 Las puertas al pasar.
 Mas ¿quién se queja?... Qué lamento tétrico
 Es ese, funeral?
 Parece que del seno de algún féretro
 Ha venido ese ay...
 Nadie... Es el viento que en sus alas rápidas
 Trajo un eco... No más.

No llueve ya. Desenfrenada y prófuga
 La tormenta allá vá.
 Y entre los rotos nubarrones lóbregos
 La luna al asomar,
 Tiene yo no sé qué de cadavérico,
 De torvo y espectral;
 Como de un muerto la pupila hórrida
 Su disco... Mas ¿quién vá?
 He visto la cortina de aquel ángulo
 A alguno levantar...
 Oigo un paso ligero, suave, rápido...
 ¿Quién es?... quién llega?... ¡Ah!...

Inmóvil, negro, pavoroso, fúnebre,
 Sentado en un sitial,
 Un bulto informe, junto á mí, fatídico,
 Está en la obscuridad.
 Quiero gritar... mas mi garganta anúdase
 Y no puedo gritar,
 Tiembla mi carne, y llénase mi espíritu
 De pánico mortal....

La sombra, negra en la tiniebla, fúnebre
 En el sitial está;
 Nada de humano, sin figura, tétrica,
 Sin contorno ni faz,
 Sin ojos... pero yo siento fatídica
 Su mirada espectral
 Helada y pavorosa hasta la médula
 De mis huesos entrar...
 Quién eres?—digo con la lengua trémula—
 ¿Quién eres, por piedad?...

Y se cambia la sombra en una lívida

Y vaga claridad.
 Es una forma de mujer angélica
 Pero difunta ya
 Y veo un rostro de virgen... ya muy pálido
 Tras un velo nupcial;
 Y la conozco... y mis miradas ávidas
 Devorándola están;
 Cuando los muertos y cerrados párpados
 Comenzó á levantar...
 Un soplo helado pasa por mi espíritu
 Y ya no supe más...

.....

 El blanco rayo de la aurora fúlgido
 Me encontró al despertar
 Arrodillado, y con la frente pálida
 Caída en el sitio.
 Y murmurando con los labios trémulos
 El nombre celestial
 De aquella mártir de mi amor, dulcísima,
 Que ha tanto tiempo ¡ay!
 A la sombra del sáuce melancólica
 Durmiendo el sueño de la muerte está.

~~~~~  
**GALLARDO (AURELIO LUIS)**  
 ~~~~~

TEXCOCO

—
 Junto de un lago que su nombre lleva,
 De márgenes de esbeltos carrizales,
 Esa ciudad se eleva
 Cual dormida paloma entre rosales.

¡Oh ciudad! de tu gloria y poderío,
 De tu grandeza y esplendor sagrado,
 Solo eres turbio río,
 Fábula ó tradición de lo pasado!

Tus caciques conservan tus anales,
 Grandes tesoros guardas en tu seno,
 Y riegan tus canales
 Las sementeras de tu valle ameno.

Las ondas de tu lago arrulladoras
 Del bello mar, hermano del Chapala,
 Rizadas y sonoras
 Alzan plumajes de luciente gala.

Tus jardines esmaltan sus orillas,
 Las verdes alamedas de tus valles.
 ¡Gentil Señora, brillas,
 Con tus templos, tus plazas y tus calles!

Favorita del Sol, bañarte puedes
 Cuando la luna salga entre las ondas,
 Y si á su amor accedes,
 ¡Quizá entre flores tu belleza escondas!

Algunos de tus grandes monumentos
 Desmoronados por el polvo ruedan,
 Y sólo cual portentos
 Los panteones de tus reyes quedan.

Ya no tremola altiva en los espacios
 La púrpura imperial de tus pendones,
 Cayeron tus palacios...
 Medra el musgo en sus viejos torreones.

De un pueblo heroico vasto mausoleo,
Estás en pié magnífica Texcoco,
Expléndido museo
De corta fama y de valer no poco.

El rey Nezahualcoyolt ensayaba
En tu vergel sus cantos de poeta,
Y su lira sonaba
Como el arpa inmortal del rey profeta.

Magnánimo y valiente como sabio,
Rey poderoso como fuerte y bueno,
Cantó su noble labio
Al dios del iris, como al dios del trueno.

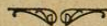
Que él en medio de infanda idolatría
Con fé de mártir y razón pagana,
A un ser reconocía
Luz, alma y gloria de la estirpe humana.

Así en la Grecia, Sócrates severo
Al contemplar altísimas verdades,
Ante el Dios verdadero
Posternó á las olímpicas deidades...

¡Bella ciudad! paloma que tus alas
Extiendes sobre aljófares y espumas,
En tu belleza iguales
Al cielo en esplendor, al cisne en plumas.

Si el sol con luces de oro te salpica
Tu magnífico lago al recogerlas,
Pareces concha rica
Ostentando el Oriente de tus perlas.

¡Mientras que el sol septentrional te alumbra
Reberverando espléndido en tus linfas,
Mi cántico te encumbra
¡Tumba de reyes y mansión de ninfas!



CARZA (JUAN B.)

CITA

De este pensil al abrigo
Solos estamos los dos,
No tenemos más testigo
Que las estrellas y Dios.

Si de la noche la calma
Te ha negado su beleño,
Amor es sueño del alma,
Ven, niña, y tendrás un sueño.

Ven; mi pasión necesita
Para calmar sus desvelos,
Tener contigo una cita
Bajo el azul de los cielos.

Abandona el blanco lecho,
Y verás qué dulce suena,
Cuánto habla de amor el pecho
En una noche serena.

Cada sollozo que brota
Del alma el laúd bendito,
Será para tí una nota
Vibrando en el infinito.

Si quieres quede secreto
El amor de nuestras almas,
No será, niña, indiscreto
El tronco de estas dos palmas.

Ven; aquí de mi tristeza
Te hablaré, y de mis delirios,
Mientras posas tu cabeza
Entre violetas y lirios.

Así tendré la fortuna,
El goce nunca sentido,
De ver un rayo de luna
Sobre tu frente dormido.

No vaya á causarte agravios,
Ni mucho menos enojos,
El escuchar de mis labios
Lo que te han dicho mis ojos.

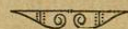
Ya es justo que el corazón
De hablar de su amor acabe,
Pues tan inmensa pasión
Dentro del pecho no cabe.

A platicar te convido
Bajo esta verde enramada,
Lo que platica en su nido
La tórtola enamorada.

Y el arrullo de tu acento
Me estremecerá de amor,
Como un suspiro del viento
Hace temblar á la flor.

Se pierden en lontananza
Poco á poco las estrellas,
Y siento que mi esperanza
Se va alejando con ellas.

.....
Sobre la montaña, el día
Esparce ya su fulgor...
¡Oh! ¡qué lenta es la agonía
Del que se muere de amor!



GÓMEZ VERGARA (JOAQUÍN)

MIS MONTAÑAS

Lejos estoy de mi patria,
De mi patria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.
Montañas americanas,
¡Hermosas montañas mías!
En donde canta el zentzontle
Y do el huitlacoche anida;
En cuyas ágras pendientes,
De eterno verdor ceñidas,
El indio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,
Que alimenta el liquidámbar
Con su aromosa resina,

Y del cedro y linaloe
 Las maderas exquisitas.
 ¿Dónde están vuestros rumores
 Y aquella dulce armonía
 De las frondas apiñadas
 Que el süave viento agita?
 ¿Dónde el salvaje mugido
 Que los ecos repetían
 Del espumoso torrente,
 Que por gargantas sombrías,
 Rodando de roca en roca,
 Airado se precipita?

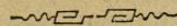
¡Ah! Si yo viera aquel valle
 De espléndida perspectiva,
 Con sus lagos transparentes
 En que los cielos se miran;
 Con sus azules canales,
 Con sus chinampas floridas,
 Y su cerco de montañas
 Que los pinares erizan;
 Si yo viera un solo instante
 Las siempre nevadas cimas
 Del alto Popocatepetl
 Y del gigante Ixtacihuatl,
 ¡Ay, cómo gozara mi almal
 ¡Ay, cuánta fuera mi dichal

Pero estoy lejos, muy lejos,
 De aquella tierra bendita
 Donde las flores no mueren
 Ni el helado cierzo silba;
 Do el árbol no se despoja,
 Y entre sus frondas abriga
 Enjambres de colibríes
 Que al volar rápidos brillan
 Cual primorosa cascada

De luciente pedrería.

Allá es más azul el cielo,
 Allá más hermosa brilla
 La luna, y el sol ardiente
 Benigno calor envía;
 Allí al cansado viajero
 Frescura y descanso brindan
 El platanar rumoroso
 Y las fuentes cristalinas;
 Allí se meció mi cuna,
 Allí mi madre querida
 Me alimentaba á su seno
 Y en sus brazos me adormía;
 Allí pasé de mi infancia
 Aquellas horas benditas
 En que el alma no conoce
 Los pesares de la vida;
 Y allí de mis tiernos padres
 Las veneradas cenizas
 Duermen, bajo los rosales
 Que sus rosas no marchitan.

¡Oásis del Nuevo Mundo!
 ¡Adorada patria mía!
 Quiera Dios que vuelva á verte,
 Y que al acabar mi vida,
 Exhale mi último aliento
 Entre tus fragantes brisas,
 Bajo tu estrellado cielo,
 Y escuchando la armonía
 De tus pájaros cantores
 Que en tus arboledas trinan.
 ¡Montañas americanas!...
 ¡Hermosas montañas mías!...



GUTIERREZ NÁJERA (MANUEL)

ACUÉRDATE DE MÍ

Pronto voy á perderte;
La hora del martirio se aproxima;
Ya se acerca mi muerte
Y del sepulcro mírase la sima.

Cortados están ya los azahares
Que deben coronar tu cabellera;
¡Ya preludia la iglesia sus cantares,
Y el tálamo te esperal

El velo de la virgen desposada
Ceñirá presto tu gentil cabeza...
Hay en tu pecho luces de alborada
Y en mi espíritu sombras de tristeza.

Allí el hogar te llama,
Allí te espera el anhelante esposo;
Los cirios centellean;
Del órgano el acento majestoso
Ya retiembla en la cúpula sagrada,
Y del cielo en la bóveda azulada
Los astros del hogar relampaguean.

Traspasa esos umbrales, vida mía,
Ciñe á tu frente la gentil corona,
Que aunque causas de mi alma la agonía
Es mi espíritu grande y... ¡te perdona!
El transparente velo
Que por tus hombros sonrosados baja,
Será muralla que me oculte el cielo

Y será de mi espíritu mortaja;
Mas ¿qué importa mi espíritu y mi vida?
¿Qué importa mi afanar y mi delirio?
¡Dame el puñal sangriento del suicida
Y prepara la hoguera del martirio!
Traspasa, sí, las puertas del santuario
Para tu amor abierto;
No te asombre ese toque funerario,
Que lloran las campanas por un muerto!

Mas oye: si mi frente no se abate
Del rayo del dolor al golpe rudo,
Si mi alma sólo muere en el combate
Y al llamamiento del deber acudo;
Si el puñal acerado del suicida
De mi mano convulsa la fé arranca,
Si aún para sufrir me queda vida
Y el llanto en mis pupilas aún se estanca,
Escúchame, mi bien: cuando á tu frente
Cifnas triunfante la nupcial corona,
Recuerda al triste trovador doliente
Que sufre, que te adora, ¡y te perdona!
Y piensa, si del templo traspasaste
El umbral, de la cruz en la presencia,
Que al entrar á ese templo destrozaste
Mi esperanza, mi amor y mi creencia!

Y si escuchas del órgano sonoro
La vibración solemne y majestosa,
Que retumba en las bóvedas del coro
Y rueda por la nave misteriosa;
Piensa que allí solloza la elegía
De un corazón por el dolor transido;
Piensa que cada nota es un gemido
Que mi espíritu exhala en su agonía.

Cuando postrado al pié de los altares,
 Y de rubor cubierto tu semblante,
 Estreches en tu mano torneada
 La sacrilega mano de tu amante;
 Convierte, sí, tu célica mirada
 Al ángulo de lóbrega capilla,
 Y si ves como imagen evocada
 Una sombra en el muro reclinada
 Al fulgor de la lámpara amarilla;
 Y si escuchas el rápido latido
 De un corazón que de amargura estalla,
 Y si llevan los vientos á tu oído
 El sofocado y lúgubre alarido
 De un sér que lucha en infernal batalla;
 Piensa que tú engendraste su tormento,
 Que conocer le hiciste la venganza,
 Y apagando la luz del sentimiento,
 Marchitando su noble pensamiento
 En sepulcro trocaste su esperanza.
 Recuerda que mi vida envenenaste,
 Que en el abismo del dolor me hundiste
 Y á perpetuo llorar me condenaste,
 Y á maldecir del cielo me enseñaste,
 Y mi alma en los infiernos sumergiste!



HIJAR Y HARO (JUAN B.) ⁽¹⁾

EN LA PLAYA DEL MAR

A mi distinguido amigo Ramón Miravete

¡Junto á la negra tempestad del alma
 Qué son las tempestades de ese mar!
Aurelio L. Gallardo.

¡Silencio y soledad!... ¡No hay un testigo
 De mi acerbo sufrir!... ¡Proscrito voy!
 ¡Oh, ven á consolarme, cielo amigo,
 Que el bardo ausente de la patria soy!

En el misterio de la noche bella
 Que convida en su sombra á meditar
 Vengo á decirte adiós, pálida estrella,
 Ahora que duerme sosegado el mar.

En su inmenso cristal, límpido y terso
 Miro á tu luz dormir la creación:
 Un templo es de tristeza el universo
 Y el silencio del mundo una oración.

El ala de la brisa pasajera
 Del cielo corta el estrellado tul,
 Y las ondas que bañan la ribera
 Conchas arrojan de su seno azul.

De vez en cuando la marina foca
 Presagia con su aullar la tempestad: —

(1) El doctor D. Juan B. Hjar y Haro, reside en Madrid desde hace cinco años, desempeñando el cargo de primer secretario de la Legación de México en España.